

nada, no, nuestra soberbia de que gloriarse; mas la vergüenza y deshonra es nuestra, y la honra es de Él. De los bienes nosotros gozamos; mas la gloria, suya es. Que así lo cantaron los ángeles, nacido el Niño (Lc., 2): *¡Gloria sea a Dios en los cielos, y paz a los hombres de buena voluntad!* Gloria demos, señora, al Señor de todos por las misericordias que de su mano hemos recibido. Gloria sea a Él, porque con tanto poder nos libró de las manos de aquellos, a los cuales nosotros, con miserable consejo, nos habíamos entregado. Gloria sea al que, siendo tan desgraciados, nos trajo a su gracia, y nos sustenta, y *corona con misericordia y misericordias* (Ps., 102, 4), y nos da a entender que acabará lo que ha comenzado. Porque de aquel suele ser el cuidado y carga de un negocio, de quien ha de ser la honra; y quien lleva la honra ha de tener el cuidado. Y pues aqueste bendito Señor quiere ser en nosotros glorificado, y llevarse la honra de nuestra victoria, Él quiere tomar el cuidado de nuestra pelea, y Él hará que caminemos a Él por Él, y nos atará con nudo de amor tan fuerte, que ni muerte ni vida de Él no nos apartará. Él hará que le miremos con ojos abiertos, y que a todas las cosas los tengamos cerrados; y tanto se nos imprimirá en el corazón, que por su amor y memoria, olvidemos todas las cosas, y a nosotros también. Esto hará el que es *piadoso y poderoso, y es santo su nombre* (Lc., 1, 49); y el que más nos ama, que nosotros sabemos decir ni pensar; porque sus obras son sobre todo sentido. A Él sea gloria en los siglos de los siglos. Amén.

4. A lo que me pregunta de mi salud, mal me va, pues soy flaco; que si no lo fuese, no me quitaría tan presto Dios los dolores como me los quita.

Y a lo demás, respondo que el fuego grande, mientras más encerrado y callado, más arde. Cristo la haga discípula verdadera y fiel del enseñamiento de su amor, para que en algo sepa responder a su inefable y divino amor, como yo se lo suplico.

## 62.—A UNA SEÑORA

*Que deseaba servir a Dios, y no se atrevía a lo comenzar. Animala a que comience, fiada de Dios, que le puso el deseo. Enséñala cómo ha de amar a quien la agravió. Remedio para escrúpulos y vanagloria.*

1. De vuestros santos deseos de agradar al Señor huelgo mucho, y de vuestra pusilanimidad en ponerlos por obra tengo pena; porque tengo por mal caso osar quedarse uno en la vanidad de su vida, y no osar comenzar partido nuevo por Dios, confiando del mismo Dios. Hermana, ¿y quién hubo desde que hubo hombres, que esperase en Dios, y tuviese cuenta con sus mandamientos, y fuese de Él desamparado? ¿Quién le llamó con entero y perseverante corazón que de Él no fuese oído? (Eccli., 2, 11 y 12). Él nos anda buscando e incitando a que le sirvamos: ¿cómo es posible, pues Él es bueno y verdadero, que no salga al encuentro, y nos eche sus brazos encima, y nos favorezca cuando vamos a Él? Sí hará, cierto, sí hará, y muy más cumplidamente que nosotros podemos entender, según dice San Pablo (Hebr., 9).

2. Comenzad, sierva de Dios, y comenzad arrimada a Dios, fiada de Dios, confiando que quien el deseo os dió, os dará el obrar y el acabar, pues no despierta al dormido sino para hacerle muchas mercedes después de recordado. Comenzad con denuedo, con diligencia y fervor; porque no hay peor cosa que principiante flojo, y que tiene mucha cuenta con su cuerpo de regalarlo, y con el mundo de contentarlo. Cerrad los ojos a las alabanzas humanas, y a los vituperios también, que presto veréis tornado polvo y ceniza al que alaba y al alabado, y al que deshonra y al deshonrado, y seremos todos presentados delante el juicio de nuestro Señor, donde tatará su boca la maldad, y será la virtud muy honrada. Entretanto asíos de la cruz, y seguid al que en ella fué deshonrado y perdió la vida por vos; y escondeos en aquellas llagas, para que cuando venga el Señor por vos, os halle dentro de Él, y os hermosee con sus dones, y os dé a Sí mismo, en pago que dejasteis todas las cosas por Él, y a vos con ellas. Mas ¡oh cuán poco deja quien todo lo deja, pues no deja sino lo que presto ha de dejar, quiera o no quiera! Y aun el gozar de ello es una grave miseria, pues todo lo que Dios no es, es

grave carga y dolor para el ánima. Abástaos Dios, abridle las entrañas y gozad de Él, que blando lo hallaréis y lleno de amor, mucho más de lo que pensar podéis.

3. Algunas veces me paro yo a pensar cómo una persona quiere o puede querer mal a otra, estando en medio de entrambas Jesucristo nuestro Señor, cómo puede tener desabrimiento con el cuerpo, quien tiene, o debe tener, amor con la cabeza. ¿No sabéis, hermana, que cuando el Señor resucitó y apareció a sus discípulos *se puso en medio de ellos* (Lc., 24), y no a la cabecera ni en otra parte? Y esto ¿para qué, sino para que entendiésemos que está en medio de nosotros, y que no podemos querer ni hacer mal a nadie, sin que primero lo hagamos a Él? Quien al prójimo quiere mal, a Cristo, que es su cabeza, quiere mal; y quien a Cristo quiera mal, mejor le fuera no haber nacido, pues no sabe conocer aquello para que fué criado, que es para amar a este Señor. Pensad, hermana, que vuestros prójimos son cosa que a Jesucristo toca, que son imágenes suyas, que son cosa por la cual dió su sangre; y decid: «¿Cómo querré yo mal a quien mi Señor quiere bien? ¿Cómo desearé muerte a quien Él quiere dar la vida? Murió mi Señor por estas personas, y tornaría otra vez a morir por ellas si menester fuese; ¿y dejaré yo de amar a quien Él tanto ama? ¿Qué se me da a mí que me hagan malas obras, pues no las amo yo por quien ellas son, ni por lo que a mí hacen? Por Cristo las quiero: ¿qué parte son sus obras para quitarme el amor que por Cristo les tengo? Plega a Dios que sean muy grandes delante su acatamiento, y que gocen ellas de Él, y Él de ellas, para que haya más templos donde mi Señor more, más ánimas que le alaben y sirvan, más corazones que le amen, pues Él lo merece.» Y cada vez que las viéredes, decid: «¡Señor!, gozad Vos de estas ánimas, y no sean de otro sino vuestras. ¡Señor!, gocen ellas de Vos, pues Vos queréis daros a todos. ¡Señor!, vuestras imágenes son; estén tales, que representen a Vos; y a ellas y a mí y a todos dadnos perdón, gracia y gloria.» Y si la carne no quisiere decir esto, dígalo el espíritu, y alzad el corazón al Señor\* pidiéndole socorro, y diciendo: «¡Señor!, por tu amor, y no por ellas. Poco a poco os hallaréis en paz; y si guerra hubiere, no seáis en ella vencida, ni digáis ni hagáis cosa que no sea buena para con ellas, ni consintáis cosa en vuestro corazón que sea perjuicio contra ellas.

4. Los escrúpulos de las confesiones son tentaciones del demonio para atormentaros, y quitaros la dulcedumbre del corazón, y dejaros sin gusto de las cosas de Dios. Porque el corazón escrupuloso no está bueno para amar ni para confiar, ni le parece bien el camino de Dios; y luego se va a buscar otros caminos donde más se deleite, por no hallar en el de Dios lo que le contentaba; y tiene la culpa el escrupuloso que levanta tranquilas donde hay paz, y no el camino de Dios, que es muy suave y muy llano. Haced burla de ellos, y sujetaos a lo que os dicen vuestros confesores, y no os dejéis llevar del escrúpulo ni de vuestro parecer, sino decid: «Mi Señor Dios no es escrupuloso: yo hago lo que me mandan de su parte; no tengo más que dar cuenta.» Daos, hermana, prisa a amar, y quitarseos han los escrúpulos, que nacen del corazón temeroso, y *el amor perfecto echa fuera el temor* (1 Jn., 4, 18). Orad al Señor, y decidle: *Deus meus, illumina tenebras meas!* (Ps. 17). Y confiad de su misericordia, que sirviéndole vos, Él la hará con vos, y os dará a entender cada día qué os falta, para que lo remediéis.

5. También os reíd de la vanagloria, y decidle: «Ni por ti lo hago, ni dejaré de hacer. Señor, a ti ofrezco cuanto hiciere, dijere y pensare.» Y cuando venga la vanagloria, decidle: «Tarde venís, que y está dado a Dios.» Buen consejo es que los principiantes no hagan cosas que parezcan de mucha santidad; porque como son ternecitos, y su negocio todo está en flor, suele el viento hacerles daño; y esles mejor esconder sus bienes, que no demostrarlos. Y así lo haced en cuanto fuere posible, y lo que no, hacedlo sin miedo, y alzad luego el corazón al Señor, y decid: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.* O decid: *Gloria Patri, et Filio, etc.*

Y por conclusión os encomiendo que echéis de vuestro corazón todo aquello que Dios no es, y améis en este mundo el lloro, soledad y humildad y trabajo: y (Ps. 24, 15) *vuestros ojos siempre al Señor, porque librará vuestros pies de los lazos.* Poned en obra la Ley de Dios, y veréis cómo os allana el camino y os pone vuestros enemigos debajo de los pies, y entenderéis obrando lo que no podéis hablando ni oyendo; porque en este camino aprenden poco los flojos y habladores, y mucho los diligentes obradores. Jesucristo va delante de vos; seguidle con vuestra cruz, y con Él os veréis en el cielo.

## 63.—A UN SU DEVOTO

*Que le pidió cómo sería bueno. Enséñale que reforme sus obras exteriores, pida con humildad corazón nuevo, ame al prójimo y se disponga a padecer trabajos.*

1. Recibí vuestra carta, y dígoos verdad, que si no fuese porque yo tan pocas veces os escribo por mis ocupaciones, yo os rogaría muy mucho que muy a menudo me escribiédes, porque recibo mucho gozo en saber de vos y de vuestra casa. Mas, pues tanto yo os debo en otras cosas, no dejéis de echarme también en esto cargo (1), que todo lo pagará nuestro Señor.

Huelgo que me pedís que os escriba con que seáis bueno, porque mucho tiene andado del camino el que lleva buena gana de lo andar. Mas mirad no sea como a muchos acaece, que el saber la voluntad de Dios no les sirve de ponerla en obra, mas de obligarlos a mayor pena; porque, según dice el Señor (*Lc.*, 12, 47): *El siervo que supiere la voluntad de su señor y no la hace, será azotado con muchos azotes.* Por eso no se obliga a poco quien pide ser enseñado en el camino de Dios, y creo yo que la intención con que vos lo pedís no es otra, sino para poner en obra lo que se os dijere, y por eso es mucha razón que se os diga.

2. Hermano, las buenas obras son en dos maneras: unas son exteriores, así como rezar, ayunar, dar limosna, no jurar, no mentir, no murmurar, no hacer mal al prójimo, no le enojar y otras semejantes obras. Otras hay que están en lo dentro de nosotros, que son un corazón encendido en amor de Dios y del prójimo, un profundo sentimiento de nuestra indignidad, un entrañable agradecimiento a las mercedes de Dios, una reverencia que a la divina Majestad tenemos, que nos tornamos delante de su grandeza como si fuésemos nada, con otros muchos sentimientos interiores que decir no se pueden. Las primeras buenas obras de fuera son más ligeras de hacer, y es muy de culpar el hombre que en ellas es flojo; porque el que en lo menos es perezoso, ¿cómo será cuidadoso en lo más? No tiene razón para quejarse que no le da Dios cosas ma-

---

(1) Así la edición de 1578; tal vez: *esto en cargo.*

yores quien no es para refrenar su lengua, y tener a raya su cuerpo, y ejercitarlo en buenas obras.

3. El templo de Dios tenía un portal, en el cual entraban los legos, y otro más interior donde no entraban sino los sacerdotes. Y así el oír Misa y honrar a los mayores, no hacer mal ni decir mal, con otras semejantes obras, c6munes son a los cristianos que son amigos de Dios, y a los que no lo son. Mas el coraz6n lleno de fe y de caridad, 6ste es el propio don de los amigos de Dios, y que distinguen entre los hijos de pernici6n y de salvaci6n. Y as6 como por el primer portal entran al segundo, as6 por estas buenas obras primeras van a este santo coraz6n; no porque estas obras engendren a este coraz6n, que sola la gracia de Dios lo da, mas porque a los que hacen, seg6n su propia flaqueza, lo que en s6 es, corresponde nuestro Se6or conforme a su grande misericordia. El coraz6n nuevo, as6 como es la cosa que m6s nos cumple tener, as6 es la cosa que menos nos cumple pensar que la podemos tener de nosotros. No es fiel quien no cree que Dios le di6 *el ser* que tiene; ni tampoco lo es quien piensa que otro que Dios le puede dar *el ser bueno* pues que es mejor el buen ser que el solo ser. Y los que piensan que por su saber o poder han de alcanzar este don, a cabo de muchos trabajos pasados, y muchos caminos andados y probados, h6llanse estar m6s lejos cuanto m6s cerca pensaban estar.

4. Por abatirnos y despreciarnos alcanzaremos lo que deseamos, m6s que por otra porf6a soberbia. Dios es *muy alto*; mas a las cosas bajas miran sus ojos en el cielo y en la tierra (Ps., 112, 6). Y en balde trabaj6 por le agradar quien por otra parte que por abajarse lo procura. Ya vino el Hijo de Dios a la tierra, y nos ense6o en su vida y palabras el camino para ir al cielo, y este camino es humildad, seg6n 6l lo dijo (Lc., 14, 11): *El que se abajare ser6 ensalzado*. Hermano, pues si quer6is que Dios os d6 coraz6n nuevo, enmendad primero vuestras obras, y despu6s sentid vuestras faltas, reprended vuestras culpas, no alivian6is vuestras tachas, juzgaos en verdad, y no os ciegue vuestro amor; y sinti6ndolas, no las olvid6is, mas ponedlas delante los ojos, y presentaos a Jesucristo, Salvador y M6dico nuestro, y lloaos delante de 6l; que sin falta 6l os acallar6. No hay armas tan fuertes como l6grimas de ni6o para su padre; ni hay cosa que as6 nos haga victoriosos delante de Dios como llorarnos delante de 6l y quejarnos de nosotros a 6l; no para que haga

justicia, mas misericordia. Llamad, que no lo habéis con sordo; presentadle todas las llagas que en vuestra alma sintiéredes, que no lo habéis con ciego; contadle vuestras miserias, que piadoso es para os remediar; confesad y comulgad, y llegándoos al Señor, sentiréis derretirse vuestra ánima de suave dulzor, y diréis: *¡Cuán grande es la grandeza de tu dulcedumbre, Señor, que escondiste a los que te temen!* (Ps., 30, 20.)

5. Mas mirad que, cual sintiéredes ser el Señor con vos, así tened cuidado de ser vos con vuestros prójimos; que de otra manera hallaréis a Dios desabrido, si el prójimo os halla así a vos. Ya sabéis su firme sentencia, que *con la medida que midiéredes, os ha Él de medir* (Mt., 7, 2). Pues no seáis vos corto, porque Dios no lo sea con vos. Por una cosa que vos perdonáis, seréis de Él perdonado en muchas. Por poco que vos sufrís, os sufre Él muchas cosas. Dais poco, recibís mucho; por tanto, esforzaos de guardar con mucho cuidado la ley de la caridad, que en ella está vuestra vida.

Veis aquí, hermano, cómo habéis de vivir, en breves palabras dicho. Tened cuidado de enmendar vuestras palabras y obras; y usad la oración, pidiendo a Cristo corazón nuevo y derecho, y no haciendo contra vuestros prójimos cosa que les sea cargosa, antes todo el buen tratamiento de palabra y obra que vos pudiéredes. Y así haréis lo que debéis para con vos, y para con Dios y para con el prójimo.

6. *Haced esto, y viviréis* (Lc., 10, 28), con que sepáis que si habéis de ser amigo de Dios, que os aparejéis a sufrir trabajos; que si esto no hay, ¿qué es el bien que uno tiene, sino ciudad sin muros, que al primer combate es vencida? La paciencia es el escudo de las otras virtudes; y ella faltando, en un rato perdemos trabajos de muchos días. Y por eso nos amonesta nuestro Maestro y Redentor (Lc., 21, 19): *En vuestra paciencia poseeréis vuestras ánimas*; que ésta faltando, no somos nuestros; porque así roba el juicio la ira, como el beber vino. Haced el corazón fuerte para sufrir trabajos; que sin pelear no podéis gozar de victoria; *y no se dará la corona sino a quien venciere*. No os parezcan grandes vuestros trabajos, que para lo que merecemos, y para lo que Jesucristo nuestro Señor pasó, y para el galardón que por ellos nos será dado, muy chicos son. Acordaos que presto saldremos de este mundo, y todo lo pasado nos parecerá una breve sombra, y estimaremos por mejor el trabajo que el descan-

so. Sabed vos aprovecharos de las penas, que gran tesoro traen al ánima. Apúranla (2) de los pecados pasados; porque lo que es el juego para el oro, es la tribulación para el justo (Sap., 3, 6), porque le dará muy apurado; mas los malos quedan más sucios, porque en lugar de ser agradecidos a Dios, quéjense de El; y en lugar de ser mejores con el azote, hacen pecados con los trabajos, y pierden lo que pudieran ganar, y ganan el infierno con mucho trabajo. Vos, hermano, no así; mas estad más fuerte mientras más probado.

7. En las tribulaciones prueba Dios a los suyos: y quien no es probado, no será coronado; porque según dice Santiago (1, 12): *Bienaventurado el varón que sufre la tentación, porque cuando fuere probado recibirá corona de vida, la cual prometió Dios a los que le aman* ¡Oh si entrase en nuestro corazón el valor de esta corona, y cuán de buena gana seríamos atribulados ahora! ¡Oh si pensásemos de corazón cuán alegres están ahora, y estarán para siempre, los que un poco lloraron acá! Hasta la tierra nos abatiríamos, con deseo de ser en el cielo ensalzados, y los placeres de acá desecharíamos, aunque nos los diesen, porque con la esperanza de aquéllos perderíamos éstos. Presto se descubrirá la vanidad de este mundo, y aparecerá el reino de Dios. Vivid ahora como extranjero; y teniendo acá vuestro cuerpo, tened vuestro corazón allá, para que cuando el Señor os llamare, no os halle durmiendo, mas aparejado para ir con El, y para oír aquella dulce voz: *Siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor* (Mt., 25, 21).

#### 64.—A UNOS AMIGOS

*Que tenía en la ciudad de Ecija y habían comenzado a servir a Dios. Exhórtalos a pelear valerosamente contra mundo, demonio y carne, y a abrasarse en el amor de Dios* (1).

La paz de nuestro Señor Jesucristo sea siempre con vosotros. Amén.

1. Después que de vuestra presencia me partí, siempre os he tenido en mi memoria presentes; porque el

(2) *Apúranla*: purifícanla.

(1) Muchas variantes hay entre las dos ediciones de 1578 y 1595.

amor que os tengo no me consiente otra cosa. Amaos para Dios, pues que ya una vez os disteis a Él, y yo tuí testigo de ello; y por tanto, quería que no os arrepintiédes de haberos ofrecido a Dios, pues Él se ofreció a la muerte por vos. Combates tendréis, y no pequeños, porque nuestros enemigos son muchos y muy crueles; por tanto, no os descuidéis; si no, luego sois perdidos. Si los que velan, aun tienen trabajo en guardarse, ¿qué pensáis será de los descuidados, sino ser todos vencidos? Acordaos que el placer que el pecado nos ofrece es poco y sucio y breve, y el dolor que después queda, muy grande, y la pérdida que nos viene, muy mayor. ¿Qué dolor, por grande que sea, puede ser igual con la pérdida que es perder a Dios? ¡Oh cosa para temblar en sólo oírla! Que si amamos al pecado, no tendremos parte en Dios. Quien a esto no despierta, muerto está, no durmiendo.

2. Miremos, pues, cómo vivimos, que en breve pareceremos delante de Dios a dar cuenta de nuestra vida. No nos engañen la suciedad de la carne, la vanidad del mundo, la astucia del demonio; mas miremos a Cristo puesto en la cruz, y verle hemos atormentada su carne, y deshonorado del mundo, y vencedor del demonio. ¿Quién a Cristo miró que fuese engañado? Ninguno, por cierto. Pues no apartemos nuestros ojos de Él, si no queremos tornarnos ciegos. No le parezca que le tenemos en tan poco, que aun muriendo por nosotros, no le queremos mirar. Por eso murió, porque nosotros nos esforzásemos, mirando a Él, para morir a nuestros pecados. Muera, pues, ya en nosotros *nuestro viejo hombre*, pues murió por nosotros en cruz *nuestro nuevo Hombre*, que es Cristo. Lleguemos a Él nuestras llagas, que con las suyas serán sanas. Y si el apartarnos de nuestros pecados nos parece penoso, muy más lo fué a Él apartársele su alma de su cuerpo cuando murió porque nosotros para siempre vivamos.

3. Ea, pues, cobremos ánimo para seguir a tal Capitán, pues que Él va delante de nosotros en el hacer y en el padecer. Crucifiquemos nuestra carne con Él, porque no vivamos según los deseos de ella, mas según el espíritu. Si el mundo nos persiguere, escondámonos en sus santas llagas, y sentiremos las injurias por tan suaves como una acordada música, y las piedras nos parecerán piedras preciosas, y las cárceles palacio, y la muerte se nos tornará vida. ¡Oh Jesucristo, y cuán fuerte es tu amor; y cómo *todas las*

*cosas convierte en bien*, como dice San Pablo! (Rom., 8, 28). Ciertamente, quien de tu amor se mantiene no morirá de hambre, no sentirá desnudez, no echará menos cuanto en el mundo hay; porque poseyendo a Dios por el amor, no le falta cosa que buena sea. Tomemos, pues, muy amados hermanos, deseo de ir a ver aquesta visión, *cómo arde la zarza y no se quema* (Ex., 3, 3). Quiero decir, cómo los que aman a Dios, en las injurias no sienten injurias; en la hambre, están hartos; desechados del mundo, no se afligen; tentados del fuego carnal, no se quemán; desechados del mundo, no se afligen; hollados, están en pie; parecen pobres, y están muy ricos; feos, y son hermosos; extranjeros, y son ciudadanos; acá no conocidos, y muy familiares a Dios. Todo esto y más hace el noble amor de Jesucristo en el corazón donde se aposenta. Y ninguno puede venir a esto, si no se *descalza los zapatos*, que son sus afecciones mortecinas, que nacen del amor propio, que es la raíz de la muerte, como el amor de Dios es causa de vida. La *tierra santa no sufre zapatos*, ni la vida espiritual los deseos del propio amor. Quien a Cristo ama, a sí se ha de aborrecer; quien a Cristo no quisiere ser cruel, no sea a sí piadoso. Los que son dulces a sí, amargos son a Cristo; y los que a sí miran, no pueden mirar a Cristo. Demos, pues, nuestro todo, que es chico todo, por el gran todo, que es Dios. Dejemos de seguir nuestra tuerta (2) voluntad, y sigamos con diligencia la de Dios. Tengamos todas las cosas por estiércol, por ganar la perla preciosa, que es Cristo; y por verle en su gloria hermosa y gozoso, abracemos acá su deshonra y trabajo.

4. Ciertamente, no va engañado quien tal truco hace: porque *cuando aparezca Dios con sus Santos, y venga a dar a cada uno según sus obras* (Phil., 3, 8), entonces parecerá locura lo que ahora es tenido en gran precio, y llorarán los que ahora gastan su vida en deleites; y sólo aquel será conocido de Cristo, que acá hiciere su santa voluntad. ¡Oh cuánto será el gozo de los buenos entonces. cuando honrados por Dios se asienten en las sillas aparejadas *ab aeterno*, y junto con los coros angélicos alaben a Dios su Señor! ¡Oh cuánto será el gozo de aquellos que *han de ver al Rey en su hermosura!* (Isai., 33, 17.) En la cual contemplando, estarán tan contentos, que ningún seno les quedará, que no rebose de lleno de aquel licor y bál-

(2) *Tuerta*: torcida.

samo que crió todos los licores buenos; al cual comparada toda hermosura es fealdad, y la luz del sol es tiniebla, y los grandes deleites son amargura; y por no decir cada cosa por sí, todas las cosas juntas en comparación de ésta no son cosa, ni por algo se deben contar.

5. ¡Oh Dios, que eres todas las cosas, y ninguna de ellas, porque eres sobre todas ellas! Y ¿cuándo ha de ser el día que te hemos de ver? ¿Cuándo se ha de quebrar este vaso de barro que tanto bien nos impide? ¿Cuándo se romperán estas cadenas que no nos dejan volar a Ti, descanso verdadero de los que descansan? No miremos, hermanos, a otra parte sino a Dios. Llamémosle a nuestro corazón, y tengámosle muy apretado con nos, porque no se nos vaya; que ¡tristes de nos!, ¿qué haremos sin Él, sino tornarnos en nada? Echemos ya esto detrás que tan delante traemos, y comencemos ya a *gustar* algún día *cuán suave es el Señor* (Ps., 33, 9). Corramos tras de Aquel que corrió a nosotros desde los cielos, para llevarnos allá. Vamos a quien nos llama, y con tanto amor desde lo alto de la cruz, despedazada su carne, y quemada con fuego de amor, para que más sabrosa nos sea. ¡Oh si comiésemos! ¡Oh si nos quemásemos! ¡Oh si nos transformásemos! ¡Oh si nos hiciésemos un espíritu con Él! ¿Qué nos detiene? ¿Qué nos estorba? ¿Qué nos engaña, que no nos lleguemos a Dios? Si es nuestra carne, refrenémosla. Si es nuestra honra, despreciémosla. Si es nuestra hacienda, echémosla si podemos, y si no, tengámosla como estiércol, entendiendo en ella con diligencia y sin amor de ella. Si es la mujer, dice San Pablo: *los que tienen mujeres sean como si no las tuviesen*. Si los hijos, querámoslos para Dios. Y si otra cualquiera cosa, digámosle y con lágrimas: ¡No me apartes de mi Dios! ¡Oh si tanto llorásemos por Dios, que de aquella agua se encendiese fuego que quemase todo aquello que de Dios nos aparta! Las lágrimas nos lavarían, y el fuego nos quemaría, y seríamos animales santos ofrecidos a Dios en fuego.

¡Oh fuego, Dios, que consumes nuestra tibieza, y cuán suavemente ardes! ¡Y cuán sabrosamente quemas! Y ¡con cuánta dulcedumbre abrasas! ¡Oh, si todos y del todo ardiésemos por Ti! Entonces *dirían todos nuestros huesos: Señor, ¿quién es semejante a Ti?* (Ps., 34, 10.) Porque del fuego del amor tuyo, nacería conocimiento de Ti. Pues quien dice que te co-

noce y no te ama, es mentiroso. Amémcoste, pues, y conozcámoste por el conocimiento que de amarte resulta; y tras esto venga el poseerte, pues tan ricos son los que te poseen; y poseyendo a Ti, seamos poseídos de Ti y así nos empleemos en alabarte, pues toda la virtud de los cielos te alaba y confiesa por Dios Trino y Uno, Rey infinito, sabio, poderoso, bueno, hermoso, perdonador de los que a Ti se convierten, sustentador de los que a Ti se llegan, glorificador de los que te sirven, y Dios de cuya perfección no hay fin; porque eres sobre todo entendimiento, sobre toda lengua, y de Ti sólo eres del todo conocido. *A Ti sea gloria en los siglos de los siglos. Amén.*

#### 65.—A UNA DONCELLA

*Que queria entrar en religión. Que es gran merced. la vocación religiosa; exhórtala a la paciencia, humildad, mansedumbre y obediencia (1).*

La merced que Jesucristo nuestro Señor os ha hecho en daros deseo de dejar las vanidades y falsos placeres del mundo es tan grande, que si Él con su misericordia no os da luz para conocerla y fuerzas para servirla, vos no lo podréis hacer. Él es el que tal propósito os ha puesto; que los hijos de Adán no quieren sino gozar de este mundo, y curan poco del otro. Bendito sea para siempre quien así os ha desengañado de lo que a muchos engaña, y os ha dado a entender que es mejor dejar este mundo que gozar de Él, y casaros con Jesucristo que con hombre de la tierra. Sabed conocer esta merced, teneos por dichosa en ser llamada para tal desposorio, y suplicadle que el que os hace la merced os dé gracia para saberla servir.

Y alentaos mucho para tomar sobre vuestros hombros el suave yugo de nuestro Señor que en el monasterio os echarán. Y aunque trabajos se os ofrezcan tenedlos en poco a trueco de ser esposa de Cristo; y tened entendido que aunque allá halléis algunos, los que acá dejáis son mayores, pues por un placer de acá, da el mundo cien trabajos, y por un trabajo pasado por Cristo da Él cien galardones.

Procurad mucho de ser humilde con todas, teniéndos por menor que ellas, pues el Hijo de Dios se pos-

(1) Sobre el mismo tema, la Carta 33

tró a los pies de los Apóstoles, y se los lavó para ejemplo nuestro: y si os sabéis en este mundo humillar, seréis en el otro ensalzada; y cuanto más acá os abajáredes, tanto mayor en el cielo será vuestra gloria. Acordaos que dice el Señor (*Mt.*, 11): *Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón.* Asentad estas palabras en vuestras entrañas, que os harán mucho provecho para toda vuestra vida; porque el humilde a todos sirve, y el manso a todos sufre. A quien así lo hace conoce el Señor por hijo suyo, como el demonio conoce por suyos a los soberbios y airados. Sed amiga de la obediencia, pues obedeciendo a vuestros mayores obedecéis a Cristo; y si en esta virtud os va bien, hallado habéis paraíso en la tierra.

Y porque para la primera vez esto basta, no os digo más, hasta que, después de entrada en el monasterio, me aviséis de cómo os va. Y plega a la misericordia de aquel Señor que para Sí os ha llamado, quiera acabar en vos lo que ha comenzado, para que en esta vida perfectamente le sirváis y después en el cielo perfectamente le gocéis.

#### 66.—A UNA MONJA

*Animándola mucho en el camino de Dios; enséñala cómo se ha de haber en las cosas que le sucedieren.*

1. De ninguna otra parte es cosa justa que os comience a escribir, sino de pedir os perdón de no haberos escrito, habiendo sido tan pedido por vos y tan merecido, y teniéndoos yo tan particular amor en nuestro Señor, pues que Él os me dió por hija, no para que os olvidase, mas con cuidado ayudase a proseguir el camino del cielo, en el cual Dios por su bondad os ha puesto para coronaros allá con corona de gloria, *la cual tiene aparejada* a los que le temen. Mas no penséis que, por no haberos escrito, os he olvidado en mis oraciones; antes tanto más os doy de ellas, cuando menos de cartas, por suplir con lo uno lo que tanto conozco que os debo en lo otro del escribir.

Bien creo, señora, que no le habrán faltado a vuestra merced tribulaciones de dentro y de fuera, porque ése es el camino por donde el Señor lleva a los suyos al eterno descanso, por conformarlos con su Hijo sa-

grado, que después de ser bautizado, y declarado Hijo de Dios con voz del cielo venida, fué tentado de diversas maneras. Y así el ánima llamada de Dios no debe esperar placeres, mas trabajos; no regalos, mas desconsuelos; y con lo que los mundanos huyen, que es el padecer, con aquello el hijo de Dios se ha de mantener. Aprended, señora, a manteneros con las *pedras* duras de los desconsuelos, y daréis testimonio que sois hija de Dios, pues tornáis las piedras en pan. Y aparejaos a padecer, y no padeceréis; porque cuando el padecer es amado no es padecer sino gozar, y cuando es huído más viene y más pena. Por eso no descanséis hasta que, por amor de Aquel que padeció por vos tantas cosas, padezcáis vos de buena gana las pocas que os pueden venir, y deseéis padecer otras mayores. El siervo de Dios mucho más ha de desear hacer por Él de lo que hace, y padecer de lo que padece, porque dé testimonio cómo hay fuego en su corazón, que quema y abrasa lo presente, y echa centellas lejos de sí, como dijo el Arcángel de Dios al santo Daniel (10) profeta. No os contentéis con ser tibia en el amor de Jesucristo, pues Él tan encendidamente nos amó. Muchos trabajos y angustias y vituperios pasó por nosotros, y mucho más de lo que se puede contar ni decir; mas con el grandísimo amor que nos tuvo, parecióle muy poco, y mucho más pasara de lo que pasó si más hubiéramos menester.

Los tibios en el amor de nuestro Dios ni conocen a sí mismos, ni a Él. Porque si mirasen cuántos pecados les ha soltado nuestro Señor, por cada uno de los cuales justamente los pudiera echar en las crudelísimas penas del infierno, entonces amarían mucho a quien mucho les soltó. De aquesta manera habíamos de agradecerle en no nos haber condenado, antes esperado a penitencia, como lo agradecería uno que estuviese en las penas infernales, y le sacase nuestro Señor Dios de ellas, y le diese esperanza de misericordia. Porque, cuanto es de nuestra parte, también merecíamos estar nosotros allí, según los grandes pecados y culpas que cometimos, como los que en ellas están; y sola la divina bondad nos ha defendido de su justicia, y de los lazos y asechanzas del maligno demonio; el cual nunca duerme, mas siempre vela con sus astucias por nos hacer caer en ellas.

2. Mas mirad, señora, no digáis en vuestro corazón: «Poco he pecado, y por eso poco debo porque me han

soltado.» Por cierto, muy ciego es el tal pensamiento, y lleno de hinchada soberbia. Porque dejado aparte que no hay ninguno que mucho no deba, pues que dice el Apóstol Santiago (3) que *en muchas cosas habemos todos ofendido*, es verdad muy averiguada que también debemos nosotros a nuestro Señor Dios los pecados mortales que no hemos cometido; porque aquella bondad suya que nos perdonó los hechos. aquélla nos excusó de caer en los que no caímos; porque no hay pecado que uno haga, que otro no le haría si no le tuviese la piadosa mano de Dios. Y por eso no sólo debe ser agradecido el que en mucho ha caído, mas el que en poco. Y aún más debe ser el que menos cae, que quien más cae; porque mayor bien recibe de Dios en ser tenido para no caer, que el otro en ser perdonado después de caído. Por tanto dad gracias a nuestro Señor por lo que os ha perdonado, y muchas más por lo mucho en que hubiérad des caído, si no os tuviera de su mano; y amad mucho, pues debéis mucho.

3 Ningún rato haya, en el cual vuestro corazón no ofrezca a Dios sacrificios de alabanzas y de amor encendido; porque Él mandó (*Lev.*, 6) que *ardiese siempre fuego en su altar* que es nuestro corazón. No repartáis el corazón, mas dadlo a Aquel cuya sois. Si abris las puertas del corazón a las criaturas, lo hallaréis duro, y triste y enfermo. No hagáis caso de todo lo criado, mas pensad que no hay sino Dios y vos, y bástaos Él. ¿Qué queréis mirar a otra cosa? Si viédesed y oyédesed todo lo que pasa en el mundo, ¿qué sería todo, sino una vanidad que pasa con una corrida, y deja desconsolado el corazón? Olvidad, pues, ahora de gana lo que presto habéis de dejar por pura fuerza; ganad honra con este mundo que a tantos engaña; dejadlo, porque os deje; morid a todo lo que pasa, y pasaos a vivir a lo que siempre ha de durar. Allá poned todo vuestro pensamiento, donde Dios es claramente visto en su gloria; porque cuando de acá salgáis el proceso del divino amor que de aquí lleváredes os suba adonde está el que mucho amáis.

No penséis que perdéis algo en perder este mundo; que lo más lucido dél es obscuro, y lo más alto es de poco valor, y lo que más florido parece se pasa como un poco de humo. Poneos al fin de vuestra vida, y veréis cuán gravemente yerran los que ponen su amor en cosa tan caduca y mudable, que corre más

que correo. ¿Qué desatino mayor, que yendo, como todos vamos, de camino para la muerte, pararnos a teír y jugar como si fuésemos a la vida? Sed vos, pues, una de las que han pasado por esta vida como de camino, y han alcanzado la vida del cielo en que viven; los cuales si hubieran amado esto presente, ya se les hubiera pasado el placer, y estuvieran en eternos tormentos. Aprended, pues, en los malos de no pecar, pues tan amargoso fruto sacaron de haber pecado; y de los buenos a trabajar, pues tanto provecho les vino.

Mirad que ahora tenemos tiempo, que no lo perdamos, y ninguna ocasión que se os ofrezca de hacer bien la dejemos pasar. *Los días, dice San Pablo (Efes. 5), son malos; por tanto redimamos el tiempo.* Y si miráis a la ocupación que este mundo ha menester, nunca os vagará a lo que toca a vuestra ánima. Cortad, si no podéis desatar; y pasad de camino olvidando lo del cuerpo, y hágase muy bien hecho lo del ánima; porque si falta hubiere de haber, más vale que falte en la comida del cuerpo, que en la santa oración o comunión. Muy pocas son nuestras fuerzas, y si las repartimos, serán muy menores; cuanto más si damos más a lo que se pasa que a lo que dura sin fin.

Volved las espaldas al mundo y rompéd con él, como quien públicamente se muestra por su enemigo, y volved vuestros ojos al Señor, que quiere miraros y que le miréis. ¿Dónde podéis vos emplearos que mejor os vaya, que en Aquel que *los Angeles desean mirar*, y mirándolo nunca se hartan? Básteos, si vos queréis que os baste; no busquéis otra cosa con Él, porque no quiere ser posesión del que sólo con Él no se contenta; y con mucha razón; pues Él hizo todo lo que es, tendrálo todo. No hayáis miedo de perder vuestros placeres por este placer. Poned en su mano vuestra honra, salud y vida, y todo lo que tenéis y deseáis, y decidle que tome todo lo que quisiere, cuando y como lo quisiere, y que se os de Él a vos. Rogadle que sea cruel en todo, y que sea piadoso en dárseos Él.

4. No os quejéis de trabajo que os venga; que todo es poco para tan grande bien. Y si os quisiéredes quejar, quejaos de vos, que no recibís con alegría lo que nuestro Señor envía por vuestro provecho. Pedidle que haga con vos lo que os cumple, y no lo que vos queréis; y esforzaos a hacer buen rostro a tentaciones, necesidades y condiciones ajenas y a todo lo contra-

rio que venir os puede. Probada habéis de ser, si habéis de ser coronada; por eso mirad que seáis como el oro, que se apura en el fuego, y no como paja, que se quema en él. No seáis como aquellos que quieren servir a Dios mientras no les acaee algo que sea contrario; mas en viniendo, dan testimonio que no viven con la voluntad de Dios, mas con la suya. Los que han de ir al cielo personas señaladas han de ser. ¿Pensáis vos, señora, que habiendo entrado el Redentor en el cielo tan atormentado, cual sabéis que fué de la cruz descendido, que han de entrar sus criados peinados y sin que les toquen? Agarrochados y dejarretados salen los toros del coso; así habemos de salir de este mundo, para gozar en el otro. La vida del cristiano dice San Agustín que toda es martirio, y es verdad; porque si miráis qué se pasa por no pecar, veréis que los que murieron por la fe de Cristo, y los que viven por no perder su obediencia y amor, todos son mártires: los primeros verdaderos mártires, los segundos mártires espirituales. Fuegos y tormentos muchos combatían la fe del mártir, mas muchos más combaten la castidad, la caridad, la paciencia, etc., para nos la quitar. El que perseverare con Cristo aquél será salvo; y aquel sólo perseverará, a quien Él tuviere con su mano poderosa; y aquel será tenido, que no se quiere a sabiendas derribar, mas con cuidado hiciere lo que según su flaqueza pudiere, y sin dormir, diere voces al Señor como otro San Pedro diciendo (*Mt.*, 14): *¡Sálvame, Señor!* No calle nuestro corazón, mas viendo que nos ahogamos, demos voces al Salvador, hasta que nos dé su mano y fortifique nuestra flaqueza. No callemos hasta que sintamos en nuestro corazón fortaleza del cielo, que nos tenga firmes y atados con Dios, con un fiudo tan fuerte, que ni soltar ni cortarse pueda. Amemos a Jesucristo tan de verdad, que digamos (*Rom.*, 8): *¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo? ¿Tribulación, hambre, o cuchillo? En todo esto sobrepujamos;* porque en la tribulación hay refrigerio, y en la hambre hartura, a quien el cuchillo de su palabra ha cortado la voluntad. Solamente nos arrimemos a Él, y nos fiemos de Él, desconfiados de nosotros; y dando a Él la gloria del vencimiento, gocemos nosotros del provecho, porque para siempre ricos, demos alabanzas siempre al que merece ser de la tierra y del cielo alabado *in saecula saeculorum. Amén.*

## 67.—A UNA SEÑORA

*En Adviento: le persuade a recibir al niño Jesús y amarle con ferviente amor.*

1. ¡Cuán ocupada estará vuestra merced en este santo tiempo en aparejar posada al huésped que le ha de venir! Paréceme que la veo solícita como Marta, y sosegada como Magdalena, para con los servicios exteriores e interiores servir al que viene, pues de uno y de otro es digno y Señor. ¡Oh bienaventurado tiempo en que se nos representa la venida de Dios en carne, a morar entre nosotros, para *alumbrar nuestras tinieblas, y encaminar nuestros pies en la carrera de la paz* (Lc., 1, 79), y haciéndonos hermanos suyos, gozar de una herencia con Él!

2. No sin causa vuestra merced desea su venida, y le apareja su corazón por morada; porque este Señor, deseado fué antes que viniese, y el Profeta (Ag., 2) le llamó *el Deseado de todas las gentes*; y a ninguno se da, si primero no lo desea. Muy mal empleado es el buen manjar en el gusto que no toma sabor en él; y así es Dios en quien no lo desea. *El deseo de los pobres oye Dios* (Ps. 9), porque tiene sus orejas puestas en el suspiro del corazón que otra cosa no desea sino a Él; y a este tal viene, y no se le niega, según lo dice en los Cantares (4): *¡Heriste mi corazón, hermana mía, esposa; heriste mi corazón en uno de tus ojos y en un cabello de tu cabeza!* ¿Puede ser cosa más tierna, que la que es herida con la mirada de solo un ojo? ¿Puede ser cosa más flaca, que la que es atada con un solo cabello? ¿Dónde están los que dicen que Dios es difícil de alcanzar, y riguroso para tratar, e insoportable para sufrir? Querrelémonos, señora, de nosotros, que por querer mirar a muchas partes, no ponemos la vista en Dios, y no queremos cerrar el ojo que mira a las criaturas, para con todo nuestro pensamiento mirar a sólo el Señor. Cierra el balletero el un ojo para mejor ver con el otro, por acertar en el blanco; ¿y no cerraremos nosotros toda vista de lo que nos daña, para mejor acertar a cazar y herir al Señor? Coja y recoja su amor, y asiéntelo en Dios quien quisiere alcanzar a Dios. Que como Dios sea amor, de sólo amor se deja cazar, y no tiene que ver con los que no le aman. *Y si dicen que le conocen como lo deben conocer, no dicen verdad, como dice San*

Juan (1 Jn., 2, 4). Y este que con amor es herido, con un cabello es atado; porque lo que amor prende, el pensamiento recogido y atento lo conserva que no se pierda.

3. Y para que se diese más confianza a los hombres que podrían alcanzar a Dios, y que no huye de ellos, se hace uno de ellos, y se pone en los brazos de una doncella, teniendo Él fajados los suyos, sin poder huir del hombre que buscarle quisiere. ¡Oh celestial Pan, salido del seno del Padre, y puesto en la plaza de este mundo, convidando contigo mismo a cuantos te quisieren comer y gozar! ¿Y quién es aquel que puede sufrirse de no ir a Ti y tomarte, pues por sola hambre te das? ¿Y pides más, sino que respire el ánimo por Ti, y confesando sus pecados, te quieran a Ti y te reciban? Grande miseria es la de aquellos que, viniéndoseles el pan a su casa, ellos se quieren más morir de hambre, que no abajarse y tomarlo. ¡Oh pereza, y cuánto mal haces! ¡Oh ceguedad, y qué bienes pierdes! ¡Oh sueño y cuántos bienes nos quitas! Pues estando prometido que *todo el que busca halla, y el que pide que le darán, y al que llama que le abrirán* (Mt., 7 y 21), está claro que si mal nos va, por nuestra negligencia es Pues ¿cómo, señora, ha de pasar esto así? Habiendo Dios venido a curarnos, ¿hémonos de quedar enfermos? Estando a la puerta de nuestro corazón llamando y diciendo: *Abreme, amiga mía, esposa mía* (Cant., 5, 2). ¿dejarle hemos estar llamando, envueltos en nuestras vanidades, y no salirle a abrir?

4. Anima mía, ven acá, y dime, de parte de Dios te lo pido, ¿qué es aquello que te detiene de no ir toda y con todas tus fuerzas tras Dios? ¿Qué amas, si a este tu Esposo no amas? ¿Y por qué no amas mucho a quien mucho te amó? No tuvo Él otros negocios en la tierra, sino entender en amarte, y buscar tu provecho, aun con su daño: ¿qué tienes tú que ver en la tierra, sino tratar amores con el Rey del cielo? ¿No ves que se ha de acabar todo esto que ves, que oyes, que tocas, que gustas y tratas? ¿No ves que es todo esto tela de arañas, que no te puede vestir ni defender del frío? ¿Adónde estás cuando en Jesucristo no estás? ¿Qué piensas? ¿qué estimas? ¿qué buscas, fuera del único y cumplido bien? Levantémonos señora, ya, y rompamos este mal sueño. Despertemos que es de día, pues que Jesucristo, que es luz, ya ha venido; y hagamos obras de día, pues algún tiempo

hicimos obras de noche. ¡Oh si tanto nos amargase el tiempo que a Dios no conocimos, que nos fuese grandes espuelas para ahora con grande ansia correr tras de Él! ¡Oh si corriésemos! ¡Oh si volásemos! ¡Oh si ardiésemos y nos transformásemos! ¿Qué hace, señora, la criatura, pues ve a su Criador hecho hombre solamente por amor? ¿Quién nunca oyó amor como éste, que amando uno a otro, se tornase él?. Nos amó Dios cuando nos hizo *a su semejanza*; mas mucho mayor obra es hacerse Él a imagen del hombre. Abájase a nos para llevarnos consigo; hácese hombre para hacernos dioses, y desciende del cielo para llevarnos allá; y, en fin, murió para darnos vida. ¡Que entre estas cosas esté yo durmiendo, y sin agradecimiento a tan grande amor!

5. *Alumbra, Señor, mis ojos, para que no duerman en tal muerte (Ps., 12)*; y tú que hiciste la merced, danos el sentimiento de ella; que de otra manera, el mayor bien se me tornará mayor mal. Abre, Señor, mis ojos para que te consideren descender del seno del Padre, y entrar en el de la Virgen Madre; y agradeciéndotelo mucho, humilleme yo por Ti. Véate yo en un pesebre por cama, llorando con frío, y fatigado con pobreza, y aprenda yo a desechar el regalo por Ti: suenen tus lágrimas en mis orejas, para que se ablande mi ánima, y se te dé como cera a todo lo que Tú quisieres. Y no permitas Tú que llore Dios, y no lo sienta el hombre; que no sé de cuál de estas dos cosas me maravillaría más. Sella, Señor, en mi ánima tus palabras, para que yo no peque contra Ti. Recójase en mi corazón la sangre que por mí derramaste, y todo Tú seas mi amor, porque quedes contento de cuantos trabajos pasaste por mí. A mí buscaste, por mí lo has, por mí son todas tus justas, libreas y gastos; no me vea yo ser de otro, pues tan bien me mereces Tú.

6. Ea, señora, aparéjense esas entrañas, que viene Dios a nacer, y no tiene casa ni cama; téngalas muy encendidas de amor, porque el Niño ha mucho frío. Y si las tiene tibias, con el frío del Niño las calentará; porque mientras más frío padece por nos, más amor enseña tenernos; y donde más amado me veo, allí debo más amor. De fuera frío padece, mas del mucho amor que tiene, no sufre ropa; que desnudo nace, y desnudo lo ponen en la cruz; porque al nacer y al morir nos enseñó mayor exceso de amor. Apareje, señora, cuna para dormirlo, que es sosiego de contemplación. Y mire que lo trate y cure bien, que es

Hijo de alto Rey; Hijo es de Virgen, y en virginales corazones reposa de buena gana; porque la carne que Él come, carne muerta y crucificada es. Y porque tiene muchos parientes pobres, y quien a Él quiere, también ha de querer a ellos, tienda vuestra merced la mano para les dar, porque son hermanos del Criador.

Y después de nacido en ella, guárdelo bien.

Él la guarde y la salve por su misericordia. Amén.

#### 68.—A UNA SEÑORA

*Que habia comenzado a servir a Dios: animándola a la perseverancia de la virtud y confianza en el Señor (1).*

1. Una de las cosas que nuestro Señor encomendó a los hijos de Israel cuando los sacó del cautiverio de Egipto, fué que se acordasen del día en que tanta merced les había hecho (*Ex.*, 12). Encargó esto nuestro Señor tan encargado, que mandó que en memoria de esta merced, le celebrasen cada año una pascua que durase ocho días, con mucha solemnidad, comiendo en ella un cordero en memoria del que fué muerto cuando ellos fueron librados para vivir. Y si esto nuestro Señor mandaba en memoria de libertad corporal, la cual recibida, no se hicieron mejores, ¿qué debe vuestra merced hacer en memoria del día que la poderosa y piadosa mano de Dios la sacó del peligroso cautiverio en que su ánima estaba, y la puso en el camino de la tierra de promisión, no la del suelo, sino la del cielo? Y si bien me acuerdo, víspera de nuestra Señora de la Visitación fué el día de su libertad, y de las promesas que de parte de Dios con ella asenté, usando del oficio que Moisés usó con el pueblo (*Ex.*, 16); a las cuales vuestra merced creyó, como también a él creyeron; aunque algunas veces, siendo atribulados con la aspereza del camino y otras tribulaciones, se quejaban de él y ponían duda en sus palabras.

Mire, señora, la poderosa obra que Dios aquel día en ella obró, haciéndole despreciar lo que antes amaba, y, sobre el arrimo de su palabra, fiarse toda de un su ministro. Grande obra fué la que Dios hizo en

(1) Esta Carta y la siguiente no se hallan sino en el Epistolario de 1578.

secar la mar para que su pueblo pasase; mas yo no tengo por pequeña la que acá Dios obró, apartando del corazón lo que a otras tanto suele impedir. Y pues las obras de Dios no son imperfectas, ni sus promesas salen en vano, alégrese vuestra merced en haber sido tan maravillosamente librada, y espere buen suceso de su camino, qu será para entrar en la tierra celestial prometida. No se desmaye si alguna falta hubiere hecho por este desierto: que bien conoce nuestro Señor nuestra flaqueza, y también salva a los que conocen su poquedad propia y le piden perdón de sus flaquezas, como a los que con fortaleza le sirven y alaban. Y no falten, señora, la diligencia y la fe, y no la desechará nuestro Señor debajo su amparo.

2. Muchas cosas les sufrió nuestro Señor a los que del cautiverio sacó; mas cuando comenzaron a llorar, diciendo: «No podremos entrar en la tierra prometida, porque los enemigos nos tragarán como gigantes a langostas», entonces se enojó el Señor y los desechó (*Num.*, 13). Porque así como quien esto comenzó fué Dios, que todo lo puede, así quien lo ha de acabar es Él con nosotros. Tenga pues, señora, su esperanza cierta, y diga con San Pablo (1 *Tim.*, 1): *Bien sé a quién creí, y cierto estoy que es poderoso de guardarme lo que le encomendé para aquel día.* Todo lo que vuestra merced tenía lo dió al Señor, dejándolo por él: no piense que lo ha perdido, que en buenas manos está. Dárselo ha el Señor, y a Él con ello, el día postrero cuando querríamos haber dejado más, para recibir más.

Y pues de Dios se ha fiado, viva alegre; que no es pequeño bien haber echado tal carga sobre nuestro Señor, que nunca faltó a quien de Él se fió. Aparéjese para la corona que le han de poner; que no será otra sino el mismo Señor que se llama *corona de esperanza ataviada de gloria*. Alce sus ojos al cielo, como a casa donde ha de ir a morar, y verá cuántos gozan ahora, que pasaron aquí por este desierto. Mire cómo cumplió Dios con Abraham e Isaac y Jacob, y otros santos Padres, que los trajo desterrados de sus tierras, y perseguidos de los malos, y hambrientos, y llenos de muchos trabajos. Que piense ella que será una de las que gozan, pues ha sido una de las que han andado en peregrinaje. Recójase toda a Dios; huélguese de haber sido extranjera por Él; alégrese de haber dejado el mundo por Él; porque cuantas veces de corazón se alegrare de lo bien hecho, tantas

veces lo recibe nuestro Señor como si de nuevo lo tornase a hacer. Acuérdesse de aquei fervor y esfuerzo con que tal día como hoy comenzó esta empresa; y mire delante de cuánta gente siguió la bandera de la Cruz, y séale espuelas para darse tan buen recado, que el día que ha de ser vista de toda aquella gente, y de la demás que la han conocido y oído, aparezca gloriosa, y den todos gracias a nuestro Señor, que en cosa tan flaca obró sus grandezas, y *donde abundó el pecado, abundase su misericordia* (Rom., 5) para gloria de Jesucristo, del cual mana todo bien.

Al cual sea gloria en los siglos de los siglos. Amén.

### 69.—A UNA PERSONA

*Que tenia deseo de servir a Dios. Que se ha de comenzar por la humilde reverencia del conocimiento de sus pecados, y penitencia de ellos.*

1. Devota sierva de Jesucristo: No ha[n] hecho poca impresión en mi corazón las palabras de vuestra merced, porque salen de su corazón, y corazón deseoso de comenzar nuevo partido por la honra de Jesucristo, Señor de todos, y Esposo de vuestra merced. Hanme penetrado tanto, que me han entristecido mucho, por haber faltado a deseo de ánima tan sedienta del agua de la doctrina de Dios. Y pues tomé propósito firme de, aunque otra cosa no estuviere en medio, no dejar de ir a ayudar las santas inspiraciones que el Señor en su ánima ha sembrado, pues por una sola Cristo muriera. Lo que a vuestra merced pido por amor del Señor es que no se desmaye por la falta de la cuaresma, que he hecho allá; que el Señor ordenará cómo se supla. Y entretanto comience vuestra merced a caminar hacia el cielo; que el Señor será su ayudador, el cual suele ser muy favorable a las solas y que *no tienen hombre que a la piscina les lleve*. Acuérdesse vuestra merced a cuántas personas ha enseñado el Señor sin medio de maestros humanos; y pues no los deja ella de tomar por no quererlos, sino por no tenerlos, ella será una de las personas cuyo maestro es Jesucristo. Llámelo, señora, con grande ahinco y suspiro, que Él conocerá la voz de su paloma, pues Él la despertó a que viese lo que no veía, y a que cerrase los ojos a lo que veía. No atribuya vuestra merced a mí el bien que concibió, que no es obra nuestra en-

gendar en las ánimas santas, sino de Aquel que dijo en el principio del mundo (*Gen.*, 1): *Hágase luz, y fue hecha*, Aquel mismo luce en los corazones, y habla palabras de vida, aunque nosotros somos los instrumentos. Suplíquele vuestra merced acabe lo comenzado, y que no permita cerrarse los ojos que ya una vez Él comenzó a abrir.

2. Y si me dice por donde comenzará a caminar, dígame que por una humilde reverencia que haga al Crucificado, pidiéndole entrañablemente perdón de sus pecados, y gracia para le servir. Echese muchas veces a los pies de Él, como persona culpada, y que ha traído sus pies fuera del camino del Señor, y bese los de Él, regándolos primero con lágrimas con la Magdalena. Porque quien al Señor ha ofendido, ¿cómo osará llegarse a Él sin dolor en el corazón, y vergüenza en la cara, y lágrimas en los ojos? Pues el mayor mal de los males es desvergüenza delante de Dios; y el remedio de todos los males es confundirse y llorarse delante de Él. ¡Oh, señora, y cuán mal lo miramos cuando a Dios ofendemos! Y ¿por qué? ¡Oh cuán amarga cosa es haber enojado al que con tantos trabajos buscó nuestro consuelo aun hasta morir! Nosotros despreciamos al que nos preció hasta dar a Sí mismo por nos, siendo unos malos esclavos, dignos del infierno. Meta vuestra merced la mano en su pecho y mire quién ha sido Dios con ella, y quién ella con Él; cuántas veces ella le ofendía y Él la defendía de peligros y demonios, que la quisieran llevar adonde ellos tienen su miserable morada de cárcel y fuego perpetuo. ¡Oh misericordia tan dulce de Dios, y qué nos has sufrido, disimulado, encubierto!

Y como quien anda a porfía, Tú andas tras nosotros para salvarnos, y nosotros huyendo de Ti para condenarnos. Así, Señor, nos sigues, como si la vida te fuese en seguirnos y hallarnos; y así huimos de Ti como si nuestra muerte y perdición estuviese en hallarte. Y al revés es, que tu muerte, Señor, en nosotros estuvo, pues nosotros te matamos por nuestros pecados; y nuestra vida en Ti está, pues por Ti y en Ti vivimos. Señora, ¿qué le parece cuánto tiempo se nos ha pasado sin conocer y amar a tan piadoso Dios, tan dulce Bienhechor y tan amoroso Esposo? ¡Cuán poco y pocas veces hemos vuelto nuestros ojos a Él, por ponerlos en cosas que tan presto se han pasado, y tan mal nos han burlado, y lastimado! ¿Adónde están ahora las cosas en que tanto nos ocu-

pamos? ¿Qué es de la vanidad de nuestros pensamientos y afecciones? ¡Cómo nos han engañado quedándonos con lo amargo de ellas, y cuán presto se pasó lo que parecía sabroso!

3. Sierva del Señor, ¿qué es de lo que tenéis atesorado de espirituales riquezas en vuestra ánima, en los años que habéis vivido? ¿Qué es del fruto que habéis dado, árbol plantado por amor? ¿Es fruto dulce a vuestro Esposo, o hiel y vinagre que amarga su boca? ¿A quién habéis buscado? ¿A quién habéis querido más contentar: a Él o a vos? ¡Oh pobres ciegos de nosotros, que por buscar nuestro contento, lo perdemos, y el Señor también. Porque quiera o no quiera, quien a sí como a último fin se busca, perderse tiene; quien su contento quiere, en su descontento ha de caer, pues es como idolatrar consigo mismo, y dejar a su verdadero Dios, que es único descanso de nuestras ánimas.

Volvamos, señora, la hoja; pensemos nuestros caminos errados, y volvamos los pies a los testimonios de Dios, para caminar por ellos; y pongamos nuestro corazón con Dios, y quitémoslo de nosotros. Busquemos su contento, aunque con descontento nuestro; y seamos crueles contra nos, por ser blandos para Él, pues algún tiempo por regalarnos, tanto desagradamos a Él. Crucifiquemos ya este mal hombre, y viva en nos Jesucristo bendito, pues murió por darnos su vida. Humillémonos a toda criatura por amor de Él en satisfacción de nuestra grande soberbia, y en imitación de su grande humildad; y echando de nuestro corazón toda ira de sierpes, vistámonos de la mansedumbre de nuestro Cordero. Pues es comparada a paloma el anima que ha de agradar al Señor, por estas dos virtudes hemos de comenzar, para ser discípulos de nuestro Señor, que nos dijo: *Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón*. Porque quien no está mortificado a soberbia e ira, ¿cómo podrá seguir al Señor hasta su cruz, donde tantas injurias, desprecios y blasfemias le dijeron e hicieron? Conviene romper con el mundo y su honra, y ponernos en el más bajo lugar, y sufrir con paciencia nuestro desprecio aunque nos mofen como a locos, y traten como a malhechores. Y ¿qué mucho que las piedras se levantasen a apedrear a quien hizo tal locura, que trocó al Criador por un breve contentamiento de su sensualidad? ¿Dónde habrá entonces razón, pues cosas tan sin razón hicimos, y que sien-

do mantenidos de Dios, convidándonos con su gracia y amistad y quizá teniéndola, quisimos más placer con costa de infierno, que placer con galardón celestial?

4. Humillémonos, señora, *hasta la muerte y muerte de cruz*. Rompamos con todo fervor nuestras espaldas, pues tan malhechores habemos sido, y tan desagradecidos contra el Señor. Ya ha días que morimos al mundo, y así lo prometimos al Señor, aun delante testigos. ¿Qué hacemos en este destierro, teniendo los corazones tan metidos, enlodados y encallados en él? ¡Volemos a Dios! ¿Qué tememos las cadenas que tiene nuestra ánima? Sacudamos el yugo de nuestra vanidad; y como quien ha sido flojo y perezoso en lo más del día, démonos prisa a la tarde. No nos contentemos con cualquier vida, pues no han sido cualesquiera nuestros pecados. Y pues tuvimos fuerza para pecar, tengámosla para satisfacer. ¿Qué razón consiente que, habiendo servido con miserable diligencia al pecado, sirvamos con tibieza a la virtud; fuertes para nos manchar, y flacos para nos limpiar; y que seamos tan miserables que lo que algún tiempo el demonio alcanzó de nosotros y pudo con nosotros, que no lo alcance ahora Dios? Mirémoslo mejor, y veremos qué diferencia va del fruto que de aquellos sacamos, al que de estotro sacaremos; y que lleva mucha ventaja virtud a vicio, y Dios al demonio, y paraíso para siempre a infierno para siempre.

¡Oh, señora, y quién contará nuestro descuido y gran ceguedad, que no entendemos lo que va de reinar con Dios para siempre en el cielo, a arder siempre con Lucifer en el infierno, sino que nos estemos tan caídos en el camino de Dios, como si fuese poco en ir así o así!

Y pues el Señor ha dado algún toque a la casa y ánima de vuestra merced, respóndale, agradézcale esta merced, y comience, como le he dicho, por postrarse a aquellos sagrados pies, considerando cuántos llagados de cuerpos y ánimas se postraron allí, y se levantaron remediados y perdonados; y confíe que uno de ellos ella será.

Él la ha despertado y convidado; Él la recibirá y la enseñará. Él es el maestro que el Padre nos envió; oiga sus palabras, piense en su vida, mírese en Él puesto en cruz, como en un limpio espejo. Haga su morada (*Cant.*, 2) *en los agujeros de la piedra*, a los pies sagrados de su Señor; porque allí como paloma

estará guardada de sus pecados y demonios y de todo otro mal. Sepa gemir allí, pues es paloma del Señor; y con la sangre que allí hay y con recibir los sacramentos, en los cuales está su virtud, será esa *ánima lavada y emblanqueada más que la nieve*; y oirá algún día de la boca del Señor: *Levántate, paloma mía*. Porque a los que se humillan y se lloran con amargor de su vida, suele el Señor levantar a confianza de Él y a alegría espiritual, y a los dulces abrazos de amor; *porque es bueno, y para siempre su misericordia*.

Al cual sea gloria.

#### 70.—A UNA DONCELLA

*Que teniendo hecho voto de virginidad, se quería casar; animándola a la perseverancia en lo prometido. Enseñala cómo se ha de haber en las tentaciones que contra la castidad se le ofrecen (1).*

1. La gracia y consolación del Espíritu Santo sea con vuestra merced siempre.

Si tengo de decir verdad de lo que sentí con una información, que de parte de vuestra merced me dieron, diré que tuve mucha compasión de una doncella que, por voto de virginidad, había muchos años que tenía por esposo a Jesucristo, Señor del cielo y de la tierra, y después de tan largo desposorio, con engaño y miserable consejo quería dejar aquel tan bienaventurado desposorio, cuyos frutos son virtudes sin corrupción, por hacer otro con un hombre mortal, cuyo cuerpo para en la sepultura, y se torna huesos y tierra, dejando engañados a los que a él se arriaban y lo preciaban.

Deseo preguntaros, señora, lo que en otro tiempo Dios preguntó a su pueblo, diciendo (*Jerem.*, 2): *¿Qué tacha hallaron vuestros padres en mí, porque se alejaron de mí y se fueron tras la vanidad, e hicieronse vanos?* Pregúntoos, señora. ¿qué tacha habéis hallado en Jesucristo nuestro Señor, porque queréis hacer divorcio de Él, e iros tras la vanidad, y ser hecha vana?

2. Nuestro Dios muy diferente es de las criaturas, y su trato también; porque, como San Gregorio dice:

(1) Véase AUDI, FILIA, cap. 105.

«Cuando los espirituales deleites no son tenidos, no son estimados: y cuanto más tenemos de ellos, más los estimamos.» Porque lo bueno, mientras más conocido y más tratado, más satisfacción da, y comiendo de ello no da fastidio, sino más gana de comer de él. Mas las criaturas y sus placeres parecen algo cuando no son poseídos, y engendran a los que poco saben muy grande deseo de los alcanzar y tratar. Mas como ninguna cosa puede dar más de lo que tiene, en siendo tratados descubren su poquedad y bajeza, y a cabo de poco tiempo se torna en grande fastidio lo que primero se pensaba que había de dar grande satisfacción. Vanidad es, hermana, toda criatura, y por eso no puede dar entero contentamiento. Y ley es que no puede faltar, que dondequiera que la carne busca hartura, allí ha de hallar mucha mengua y falta. Y entonces queda la tal persona confundida y arrepen-tida, y se maravilla mucho de su ceguedad en dejar a Dios por la criatura. Y a alguna doncella, según leemos, ha acaecido con miserable consejo perder su virginidad; y después, viendo cuán grande bien había perdido por tan bajo precio, vino a tanta tristeza, que determinó de se ahorcar, y lo hizo; pensando primero que cumplir lo que deseaba era vivir, y con mucho consuelo. Doncellas he visto que después de haber ofrecido a nuestro Señor su cuerpo por voto o propósito de virginidad, siendo tentadas por el demonio o por su flaqueza, procurando de satisfacer a su conciencia con razones verdaderas o falsas, han tomado estado de matrimonio, con escándalo de los que las habían primero visto en hábito de virginidad, y con graves descontentos de se haber casado, y con no hacérseles cosa ninguna bien, por verse a ojos vistas que Dios les contradecía y les desayudaba, y daba bien a entender que le pesaba de que su esposa se casase con otro. Escarmentad, señora, en cabezas ajenas, y pensad que también se tendrá Jesucristo por afrentado de que deshagáis el desposorio que con Él hicisteis, y que os castigará como a otras, pues hacéis lo que hicieron otras.

3. ¡Cuánto mejor consejo sería que estuviédeses firme en vuestro propósito, e imitádeses a tanta muchedumbre de santas doncellas, que estimaron en tanto su virginidad, y amaron tanto a Jesucristo, inspirador de ella, que ni por promesas, ni dádivas, ni amenazas, ni tormentos, no las pudieron atraer a que, habiéndose casado con Dios, se casasen con hom-

bre; y perdieron sobre ello la vida de este mundo, mas ganaron la eterna del cielo; y no están de ello arrepentidas. pues cuanto más padecieron por guardar la primera fe a su primer Desposado, tanto más copiosamente son galardonadas por Él con tanta copia de bienes, que el menor de ellos vale más que todo lo que acá pudieran haber, aunque se casaran con Emperadores! Porque ya veis (2), hermana, que los placeres de acá se acaban, y los señoríos también; y la mujer que hoy andaba muy rica y acompañada y servida, y llamada Majestad, que de aquí a pocos días se muere, y cesa todo, y se olvida todo, como si ninguna cosa hubiera pasado; mas las que esto desprecian, ganan lo eterno, y están en el cielo bienaventuradas, y sus memorias acá celebradas.

4. ¿Qué hay aquí que andar vacilando en si seguiremos lo celestial o lo terrenal, lo breve o lo eterno, lo que tiene tomo o lo vano, la incorrupción o la corrupción? Decidme, señora: ¿por qué habéis olvidado que el casamiento hinche la tierra, y la virginidad el cielo? ¿Por qué habéis tenido en poco lo que Dios promete a los vírgenes que guardaren el concierto que con Él concertaron, cuando se le ofrecieron en sacrificio limpio de virginidad? Leed en Isaías (6) y hallaréis que dice Dios: *Yo les daré lugar en mi casa y en mis muros, y les daré nombre más excelente que a los otros mis hijos e hijas: nombre sempiterno les daré, que nunca perecerá.* ¡Oh, si el sentido de aquestas palabras de Dios penetrase vuestra ánima, y con paladar sano gustáseis la suavidad que en ellas hay! ¡Y si viésedes con vuestros ojos, subiéndoos al cielo con vuestro pensamiento, cuán grandes bienes son éstos, y cuán de verdad los cumple Dios allá a los que en este mundo mortificaron su carne, despreciaron sus placeres y eligieron incorrupción y limpieza por Jesucristo, más que la corrupción sucia que de la carne se pega!

5. ¿No sabéis, hermana, que la que se casa con Jesucristo tiene a la Virgen María por suegra, y a Dios Padre por suegro, pues son la Madre y el Padre del Desposado? ¿No sabéis que pues Jesucristo es Rey, su esposa es Reina, y que aunque mientras vive en este mundo sea pobre y atribulada, a semejanza de como Él lo fué, que cuando venga el tiempo de las

---

(2) ¿Alude, acaso, a la muerte reciente de la Emperatriz?

bodas hará tan bienaventurada a su esposa, cual con viene serlo esposa de tan alto Rey? Y entonces, sentada en un tálamo con Él, le daréis gracias porque os tomó por esposa, y apartó vuestros ojos y vuestro corazón del amor de la criatura, y os mandó que a Él sólo mirádes y amádes como esposa leal. Y será entonces vuestra compañía con Él tan firme, y atada con nudo tan inseparable, que no sólo estaréis con Él cuando Él estuviere en su trono, mas como las vírgenes *siguen al Cordero dondequiera que va, y le cantan un cantar nuevo, que no le puede nadie cantar si no fuere virgen* (Apoc., 14).

6. Pensad, pues, cuán preciosa cosa es la soledad que pasa la virgen en esta vida, y cuán valerosas las devotas lágrimas que por Cristo derrama, pues en el cielo estará acompañada con Dios y con la Virgen de vírgenes la gloriosa María; la cual, como capitana de ellas, cantará el nuevo cantar, como María, hermana de Moisés, pasado el mar Bermejo (*Ex.*, 15): y con el adufe (3) en las manos, que quiere decir su virginal cuerpo, comenzará el cantar, y seguirla han Catalina, Bárbara, Agata y Lucía (cuya vida os encomiendo leáis), con otra innumerable copia de vírgenes que conocemos y no conocemos, alegres de tanto bien que ganaron por su virginidad, y gozando para siempre de la incorrupción que aquí comenzaron (4).

7. ¿Quién habrá que, por alcanzar esto, no desprecie estotro? ¿Quién no mortificará a su carne con santos trabajos y castidad, para que así maltratada, se esconda *como grano de trigo debajo de tierra* (*Jn.*, 12, 24), para que, *muriendo acá, dé mucho fruto* en la eternidad? Y pues hay muchas que, provocadas con estos bienes, dejan los casamientos de acá, aunque muy rogadas, por casarse con Cristo, más razón es, hermana, que vos, habiéndoos casado con Él, no os descaéis ni tornéis atrás; pues que las buenas casadas de acá sufren con paciencia los trabajos del matrimonio, ya que está hecho. Y si el demonio o vuestra flaqueza os afligen para que dejéis lo comenzado, no por eso os desmayéis ni maravilléis, porque no sois vos la primera a quien acaece tener batalla por tener en pie la bandera de la virginidad; la cual es joya tan preciosa, que es mucha razón que no se alcance ni posea sin mucho trabajo.

(3) *Adufe*: pandero.

(4) Semejante argumento trata en las Cartas 24 y 38.

8. Mas no es esto sin fruto ni sin honra, porque mientras más seguida es una buena mujer, y ella no cae, tanto más honrada es acerca de su marido, y tanto mayores dadas le da; y como vuestro Esposo Jesucristo sea mas agradecido, amoroso y fiel que todos los otros, sedlo vos a Él en no dejaros vencer de la tentación; y dirá a sus ángeles en el cielo, que tiene una esposa en la tierra que, por serle leal, pasa muchos trabajos, y por su amor desprecia otros amores. Y así recibis vos mayor consuelo—viendo que amáis a Dios tan de verdad, que por su amor dejais de gozar de lo que mucho deseábades—que pudierades recibir alcanzandolo. Y entonces diréis lo que está escrito (Ps., 16): *Probaste mi corazón y visitástelo en la noche; examináste me con fuego, y no fué hallada maldad en mi.* Esforzaos, hermana, a padecer esos fuegos, que así como son semejanza de martirio en la pena que dan, hacen semejante a mártir a quien los padece. Llamad vos a vuestro virginal Esposo y a su limpieísima Madre; y tomad por abogada alguna virgen y mártir de las pasadas; y usad más a menudo el confesar, comulgar, orar y leer buenos libros. Trabajad vuestro cuerpo, y nunca estéis ociosa. Huíd conversación de todo hombre, y de mujer que no sea muy amiga de la virginidad, y tened confianza en quien os tomó por esposa, que os dará gracia para perseverar. Y si hasta aquí no os ha mucho favorecido, ha sido porque vuestro corazón ha andado cosqueando (5) y dudando sobre qué esposo tomaréis. Determinaos una vez ya a morir, antes que dejar a vuestro primer Esposo; y decidle que, pues Él conoce vuestra flaqueza, os dé fuerzas para cumplir lo que habéis prometido. Y aunque no os sintáis luego del todo libre de vuestras pasiones, no desmayéis, porque el Señor va sanando poco a poco nuestras enfermedades, y recibe la pena que nos dan—cuando no las queremos tener—en descuento de los pecados que hicimos en las consentir o flojamente despedir. De manera que, ahora el Señor nos dé paz, ahora paciencia en la guerra, todo lo ordena para nuestro provecho.

9. Y pues Dios os ha hecho merced de haber ya pasado los peligrosos golpes de la mocedad, y lleváis vuestra nao cargada de muchas riquezas, no hagáis tal necedad que al cabo de la navegación, cerca del

---

(5) *Cosqueando*: cojeando.

puerto, os ahoguéis en el cieno, por no esperar un poco a coger en el cielo los frutos de la virginidad que acá habéis guardado. Y no os parezca que queda mucho tiempo hasta desembarcar; que quizá se acabará más presto de lo que pensáis, y daros ha pena, si en el mundo os metéis, de por cuán breve gozo perdisteis tanto bien. Mas si esperáis, y esperáis en Dios, Él os proveerá de consuelo y contento, y daréis alegría a los que bien os quieren, y buen ejemplo a los que por ventura se habían comenzado a escandalizar; y en el cielo será recibido vuestro *Si* como si de nuevo lo diérades; y harán fiesta los ángeles, cuya parienta es la virginidad, por el nuevo y firme propósito de la perseverancia que Dios os ha dado. A cuya misericordia plega alumbrar vuestros ojos, para conocer cuán mejor camino es el que vuestra ánima eligió, prometiendo virginidad, que el que vuestra carne quiere tomar, buscando medio para perderla.

#### 71.—A UN ESTUDIANTE

*Que le escribió la sequedad que hallaba en sus ejercicios. Enséñale en qué consiste la perfección, y cómo se ha de haber con sus padres.*

Más consiste el aprovechamiento del ánima en negar la propia voluntad, y con corazón esforzado hacer aquello que el hombre siente ser agradable al Señor, que no en tener ternura de corazón y dulcedumbre devota; porque en lo uno se muestra el verdadero amor que a Dios se tiene, en el cual consiste la perfección de la cristiandad, y en lo otro puede estar escondido el amor propio, que todo lo ensucia. Por lo cual no debéis desmayar por la sequedad del corazón que decís que tenéis, mas caminar por el desierto, donde no hay árbol fresco, ni sombra que refresque, ni agua que alegre. Y si en la oración no halláis aprovechamiento, leed un rato; *et inter legendum*, meditad alguna cosa conforme a lo que leéis, mezclando la lección con la meditación; y rezad algunas oraciones vocales, teniendo delante alguna imagen de la Pasión del Señor o su cruz; y perseverad en esto aunque sintáis mucha sequedad, ofreciendo al Señor el rato que allí estuviéredes, y Él lo recibirá, pues mandó que se hiciese; y recibid al mismo Señor

de quince a quince días, o si provecho sintiere vuestra ánima, de ocho a ocho. Y vivid confiado que agradaís a los ojos del Eterno Padre por estar incorporado en su bendito Hijo; pues tenéis señales que os ha dado su amor, según Él dijo (*Jn.*, 16, 27): *Ipse Pater amat vos, quia vos me amastis, et credidistis quia a Deo exivi.*

Y si vuestros padres están (1) en necesidad tan extrema, que en ninguna manera puedan vivir sin que vos entendáis en negocios, entended en ellos por la obediencia de Dios, que manda *honrar a los padres* no sólo con palabras, mas con temporal subsidio, como el Señor lo declara en el capítulo 15 (v. 4) de San Mateo. Y si esta necesidad tan grande no tienen, aunque alguna haya, dejad los lazos del mundo, y proseguid vuestro estudio, tomando para vuestro mantenimiento esa renta que decís que podéis haber.

Y sea vuestro amor Jesucristo crucificado, pues tan verdaderamente os amó, que dió la vida por vos.

## 72.—A UN CABALLERO [DE CÓRDOBA].

*Que le está mejor residir en Montilla que en Córdoba. Que ejercite su oficio de caballero en pelear contra el enemigo de Dios, que es la propia voluntad. Aviso a ciertos novelos caballeros de Cristo.*

1. Oído he las razones de vuestra merced para me persuadir que es más acertada cosa estar en esa ciudad que en esta villa; y cierto, aunque ellas son sutiles, no por eso me mueven; porque es más cierto lo que por ejemplo de Cristo se hace, y lo que por oración se alcanza, y lo que por experiencia se ve, que por humano parecer, y *forte* aficionado, se juzga. ¿Quién duda sino que vuestra merced, como morador de esa ciudad, y como favorecedor de mi poquedad, deseando mi estada ahí, es juez y testigo en su propia causa? Y por eso lo que gasta en buscar razones, gástelo en devotas oraciones; y acaecerá a vuestra merced con el predicador, lo que San Bernardo dice que ha de hacer el predicador con los oyentes: *Si persuadere, inquit, vis, gemendo magis quam clamando id facies.*

(1) *Están*: la edición de 1578, *no están*.

Y aunque en lo que he dicho vuestra merced me parece que excede, en otra cosa lo gana, y me edifica; conviene a saber, en la mucha paciencia que ha tenido en escribirme tres cartas sin ver respuesta mía. Estimo esto en más que el vivo razonar, cuanto va de obrar a hablar. Y es cosa que yo deseo mucho de quien me escribe; porque hallo tantos impacientes en esto, que querría más que no me escribiesen, que no que tan presto se enojasen. *De his hactenus.*

2. ¿Qué diré a vuestra merced, o qué le pediré, pues le tengo por mi señor? Que pues es caballero, que pelee, y no tenga el nombre en falso, que es la cosa que un cristiano más debe huir, pues es amador de la sencillez; y de ser tal, sea cual se nombra y parece. Bien entiendo, que la vigilancia que nuestro capital enemigo el demonio trae por nos hacer de su bando, y para que no ganemos lo que Él perdió, traerá muchas veces en la memoria de vuestra merced que *es pelea la vida del hombre sobre la tierra* (*Job, 7, 1*), y le hará alguna vez gemir con el trabajo de su molesta importunación, y le hará clamar al Señor, *a quo venit auxilium* (*Is., 38, 14*): *Domine vim patior, responde pro me.* Y pues hay quien a vuestra merced haga acordar que vive en guerra, quíerole yo acordar que de tal manera se haya, que venza en ella. Porque de esta guerra no se puede esperar sino grande bien o grande mal; pues la joya de la victoria es Dios poseído eternamente, y la pérdida del ser vencido es perder a Dios para siempre.

¡Oh quién pudiera dar una voz que a todos los hombres llegase, y los asombrase con este temor, y los animase con esta esperanza! ¡Oh hijos de Adán!, ¿hasta cuándo ciegos, que esto no veis; sordos, que esto no oís; insensibles, que esto no os penetra hasta lo más dentro del corazón? Decid, ¿por qué os habéis rendido debajo de los pies de vuestros enemigos, y sin temor ni vergüenza, os vais las manos atadas tras de ellos? ¿No sabéis que *quien se deja vencer del pecado es cautivo del diablo*? (*2 Petr., 2, 19.*) ¿No sabéis que *el sueldo que da el pecado es de muerte* (*Rom., 6, 8*)—y de cuerpo y de alma—en los infiernos, y esto para siempre jamás? ¿Por qué os queréis tan mal, que busquéis vuestro mal, y os andéis dando de puñaladas vosotros mismos, enojándoos tanto porque os hacen un breve y chico enojo? ¿Por que no sentís la pérdida de Dios y de su amistad,

pues tanto sentís la de una poca de hacienda o de honra, que tenerla ni perderla no os hace menos ni más? *¿Qué responderéis en el día de la visitación y de la angustia que sobre vosotros viene (Isai., 10, 3), cuando, pasadas estas sombras, y desvanecido este humo, salgáis de esta carne que tanto amasteis, y dejando esto presente que estimasteis, seáis presentados delante el riguroso Juez, que tanto más recio le hallaréis contra vosotros, cuanto Él menos sujetos os halló para sí? ¿Qué queréis, que os conozca por sus caballeros, pues anduvisteis peleando en el real de sus enemigos, y manteniéndoos Él de sus bienes, y dándoos la misma vida que vivís, obedecisteis a las leyes de su capital enemigo y aborrecisteis las suyas? ¿Que queréis que os pague Dios lo que no le servisteis? ¿En qué razón cabe servir a uno y pedir la paga a otro? ¿Cómo ofender a uno, e irle a pedir paga como leal servidor?*

*No nos engañemos, ¡oh hombres!, en esto, que no cogerá cada uno sino lo que sembró (Gal., 6, 1): Quien en carne siembra, corrupción cogerá; y quien vida quiere coger, siembre en espíritu (Lc., 6, 24). Que no nacen de espinas uvas, ni de los abrojos higos.*

Olvidado me había hablando con muertos como si fueran vivos. *¿Qué aprovecha tocar trompeta al que está sordísimo? ¿Qué aprovecha decir: «Oíd esto» a los hombres que aun no les entra a la primera puerta del corazón? ¿Qué haremos, señor, que está hoy cumplida aquella amenaza de Dios por el Profeta Isaías (6, 9): Oyendo oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no veréis, etc.? Porque ni palabra, ni azotes, ni halago basta a despertar de este mortífero sueño, hasta que venga el fin de los miserables, y todos oigan la sentencia que los envía al infierno, y vean sus males sin remedio de ellos. Gran mal es éste, y bienaventurado aquel a quien el Señor de él libró, cándole conocimiento de sus malos caminos, y voluntad de los buenos.*

Acuérdese el hombre de aquel día en que Dios le llamó, y sepa que entonces le abrió las orejas y ojos para ver y oír, como si un sordo o ciego sanara; y acordándose, agradézcalo mucho, pues le fué dado un don, si él se dispuso, que le vale más que todas las cosas, pues le fué dada amistad con el Señor, a la cual no se puede comparar cosa alguna. Y ésta sea la señal del verdadero agradecimiento, el verdadero

cuidado de perseverar, de tener sus ojos abiertos y sus orejas también. Porque muy más de culpar sería quien teniendo los ojos abiertos cayese, viendo que se cae, que el que no los tiene. Una cosa es hacer lecuras un loco, y otras hacerlas el hombre que tiene juicio. Y así desagradada más al Señor la caída del que Él levantó y puso en pie, y le dió su luz con que viese, que las que dió primero que a Dios conociese y amase.

3. Por tanto, señor, avise vuestra merced a esos caballeros nuevos del Rey celestial, que no tomen el negocio de burla, pues el castigo de la negligencia y el galardón del cuidado no se dan de burla. Gran Señor es Dios, que quiere ser diligentemente servido: y al siervo perezoso no le dió menor castigo que *echarlo, atados pies y manos, en las tinieblas de fuera* (Mt., 25, 30), que quiere decir, excluirlo de los bienes de Dios y su casa. Y pues por privar con el Rey, y para conquistar una poca de tierra, son menester cuidados, vigiliias, trabajos y derramamiento de sangre. no emperecen ellos en esta pelea, pues Dios, cuya es, será su capitán, con cuyo brazo, cierto saldrán victoriosos. El enemigo que han de vencer, la ciudad que han de conquistar, su propia voluntad es: a ésta pongan delante de sí, y contra éste asesten sus tiros. A éste digan: Tú eres enemigo de Dios, pues quieres lo contrario de Él; y por tanto eres mi enemigo, porque soy de Dios, y amigo de sus amigos, y enemigo de sus enemigos; no he de tener paz contigo, por no tener guerra con Dios; reine Dios en mí, y no mi voluntad: regirme tengo con lo que Él manda, y no con lo que se me antoja. Preguntaré a mi Dios que me enseñe su querer, y aquél será mi ley, aunque mi querer otra cosa quiera: duela o no, determinome de atarme con Dios, pues allende de se lo deber, pues Él se ató con la cruz por mí, cúpleme llegarme a Él: pues todo aquel que no se llegare acá por amor, sera apartado allá de Él por desamor. Cuésteme mi sangre, y no pierda yo a Dios. Y por oír de su boca: *Gózate, siervo bueno y fiel; entra en el gozo de tu Señor* (Mt., 25, 21), todo lo que se puede pasar es muy poco; que al fin, es temporal todo esto, y aquello eterno; esto liviano y aquello de peso. Y, por tanto, digamos de corazón con David (Ps., 26, 4): *Una cosa pedí al Señor, y ésta buscaré: que more yo en la casa del Señor en la longura de los días.* Y sea la conclusión que nunca el cielo costó caro.

Nuestro Señor lo dé a vuestra merced y a todos por la sangre suya. Amén.

### 73.—A UNA PERSONA VIRTUOSA

*Que tenía criados y familia; enséñale cómo los ha de tratar, cómo ha de llevar sus faltas y los ha de corregir.*

1. Tengo por providencia de nuestro Señor el haber caído a vuestra merced en suerte sufrir esa persona; porque ¿cómo se ha de cumplir lo que muchos años ha le fué mostrado, que había de padecer en todo, sin sacar una pajica, si así no? Y también, ¿cómo había de aprender paciencia, y mortificación y humildad, sino en estas tales guerras con esa persona y con las demás de su casa? Porque aunque tenga vuestra merced muchos y buenos propósitos de padecer y de mortificarse, si no hay quien los ejercite, sueño son más que verdades. En la guerra se conoce la fortaleza; que fuera de ella todo es blasonar. Y parece ser esto así, pues que cuando algo de esto a vuestra merced acaece, se turba y se pone como la persona a quien corrige. En todo caso conviene ejercitar la paciencia; y no se puede ganar con quitar ocasiones; porque si dentro está la raíz, no hay sanidad de fuera, aunque parezca haberla por no haber quien la ejercite. Haga cuenta vuestra merced que le envió Dios esa gente para que mortificasen la mucha viveza de vuestra merced, y le parasen tal, cual se lee haber sido aquel hijo del rey, que siendo injuriado del viejo de Atenas, se rió, diciendo que se reía, porque él le daba de balde lo que le había costado muchos dineros que otros le dijese.

2. Acuérdesse vuestra merced de los desprecios que hicieron a nuestro Señor, y no pare hasta holgarse de ser así tratado, y téngase por muy dichoso el día que tal le acaeciére por dar algún placer a nuestro Señor. Santa Isabel, hija del rey de Hungría, siendo muy injuriada de muchas personas, oró por ellas con lágrimas, suplicando a nuestro Señor diese a cada una una merced por cada injuria que le habían hecho; y respondióle nuestro Señor, que nunca oración tan acepta le había hecho, y que por aquélla le perdonaba todos sus pecados. No es pequeño negocio ven-

cerse un hombre, cuanto más en lo que es inclinado; y no es de pequeña estima delante de Dios ser despreciado de los que le habían de servir. Y esto acaeció a Job (19, 16), entre otros trabajos, que *su criado, llamado, no quería venir ni le estimaba*. Y el Señor padeció traición de su mismo discípulo, y deshonras y muerte de quien había de servirlo. San Agustín dice: «No penséis que viven los malos de balde en este mundo; porque Dios los tiene y sufre aquí para que se conviertan, o para que ejerciten a los buenos.» No puede ser Abel, a quien no ejercita la malicia de Caín; ni podría haber mártires, si no hay crueldad de sayones; ni se prueba la castidad, si no es perseguida, ni la paciencia sino con golpes. Así que, reciba vuestra merced eso de la mano de Dios como muy particular merced, y agradézcasela, y aprovéchese de ella, hasta que no se halle sin ella, como decía el Santo Job (30 29): *Compañero fui de avestruces y hermano de dragones*. Y en cómo le va a vuestra merced en esto verá en qué grado está de santidad, mejor que en la dulcedumbre de la consolación, y que en los trabajos de la enfermedad; porque como esto es tan áspero de sufrir, es a Dios muy agradable de que haya amor en nuestro corazón para pasarlo por Él.

3. Esto es en lo que vuestra merced ha de imponer su corazón. Y en lo que toca al castigar, esté avisado que no lo haga cuando el corazón está alterado, sino déjelo pasar, y después corregir por amor, más como quien ruega que no como quien riñe; porque este medio es muy más eficaz para aprovechar al prójimo, que es lo que debemos pretender cuando ha errado, y no satisfacernos de nuestra injuria o de desacato que nos hicieron. Aprenda también a disimular cosas. Y aunque le parezca que no salen con tan buena crianza como vuestra merced querría, pase por ello; porque a veces se esconde nuestra ira y soberbia con decir que pretendemos que nuestro criado haga lo que debe. Cierto, es el corazón del hombre profundo; y muchas veces él mismo se engaña. Y por eso es mejor declinar a la parte de nuestra mortificación que a la contraria, y avezarnos a sufrir que nos hagan un sinsabor y otro, hasta que, como he dicho, nos holguemos y sintamos gran placer en ser así tratados.

Así que, convendrá disimular muchas veces; y como decía uno que está aquí, a otra persona muy viva:

«Señor, hágase vuestra merced tonto, y cuando sea menester reprender, sea con blandura, diciendo: Catad que deseo vuestro bien, y me da pena ver que no sois el que deseo, ni el que nuestro Señor quiere; y esto es lo que me da pena más que las faltas que me hacéis»: y así con blandura corregir. Y cuando esto no basta, por mejor tengo darles alguna penitencia de ayuno o cosa semejante, que herir con palo ni mano. Mas si fuese mucha la perseverancia, sufrirse ha darle con el bordón. Y en todo esto ha de andar la oración por ellos, que sin ésta no hay nada hecho.

4. Y quien no entiende que tener criados es tener señores, y tener a quien sufrir, y por quien rogar, no sabe qué es tenerlos, ni imita a nuestro Señor, ni al trato que tenía con sus discípulos. ¡Oh qué blando, qué amoroso, qué sufrido, qué orar por ellos, qué morir por ellos! Esto ha de mirar el mayor con sus menores, pues el Señor les lavó los pies, y dijo: *Ejemplo os he dado*.

Y sea la suma, que trate vuestra merced más a los suyos con amor de padre, y padre amoroso, que no por rigor de señor; y que haya mucho de blandura y sufrimiento y de oración, y algo de rigor, poco.

#### 74.—A UN RELIGIOSO.

*Animándole al perfecto amor de Dios, y enseñándole algunos medios para alcanzarlo.*

MUY RDO. PADRE:

*Pax Christi.*

1. Pues que nuestro Señor Jesucristo no es servido que yo esté por ahora donde gozase de la comunicación de vuestra merced y de esos señores colegiales como deseo, sea su nombre bendito, y súfrollo en paciencia. En lo cual creo que no hago poca penitencia, porque difícil cosa es de sufrir estar apartado de quien el hombre ama. Y de verdad nunca tanto deseé la corrección de vuestra reverencia como ahora porque creo que fuera para mucho servicio de nuestro Señor. Mas, pues al que le ama todas sus cosas le parecen bien, hablaré un poquito por ausencia, hasta que Dios dé la presencia.

2. Deseo mucho, señor mío, que buscásemos a Dios nuestro bien; y esto no como quiera, mas como quien

busca un muy deseado tesoro, por amor del cual *vende todo lo que tiene*, creyendo quedar rico con tener una sola cosa, en lugar de muchas que poseía.

¡Oh Dios y Señor, y descanso de lo de dentro de nuestro corazón! ¿Y cuándo comenzaremos, no digo a amarte, mas siquiera a desearte amar? ¿Cuándo tendremos un deseo de Ti, digno de Ti? ¿Cuándo nos ha de mover ya la verdad, más que la vanidad; la hermosura, que lo feo; el descanso, que el desasosiego; el Criador, tan lleno y suficientísimo, que la criatura, pobre y vacía? ¡Oh Señor, y quién abrirá nuestros ojos para conocer que, fuera de Ti, no hay cosa que harte ni que permanezca! ¿Quién nos descubrirá algo de Ti, para que, enamorados de Ti, vayamos, corramos, volemos y nos estemos siempre contigo?

¡Ay de nosotros, que estamos lejos de Dios, y tan poca pena tenemos de ello, que ni aun lo sentimos! ¿Adónde están los entrañables suspiros de las ánimas, que una vez han gustado a Dios, y después se les aparta algún tanto? ¿Adónde lo que decía David (Ps., 131, 4): *Si diere sueño a mis ojos, y descanso a mis párpados, hasta que halle casa para el Señor?* Y esta casa somos nosotros, cuando no nos perdemos repartiéndonos en cosas diversas; mas nos recogemos en unidad de deseo y amor, y entonces nos hallamos y somos casa de Dios.

3. Creo que es la causa de nuestra tibieza lo que uno decía, que quien a Dios no ha gustado, ni sabe qué cosa es haber hambre, ni tampoco hartura. Y así nosotros ni tenemos hambre de Él, ni hartura en las criaturas; mas estamos helados, ni acá ni allá, llenos de pereza y desmayados, y sin sabor en las cosas de Dios, y propios para causar vómito al que quiere sirvientes no tibios, mas encendidos en fuego, *el cual Él vino a traer a la tierra, y no quiere sino que arda* (Lc., 12, 49), y porque ardiese ardió Él mismo, y fué quemado en la cruz, como *la vaca rufa* lo era fuera de los reales (Num., 19, 2), para que tomando nosotros de aquella leña de la cruz, encendiésemos fuego y nos calentásemos, y respondiésemos a tan grande Amador con algún amor, mirando cuán justa cosa es que seamos heridos con la dulce llaga del amor, pues vemos a Él, no sólo herido, mas muerto de amor.

4. Justo es que nos prenda el amor de quien, preso por nosotros, fué entregado en manos tan crudas. Entremos en la cárcel de su amor, pues Él entró